

The background of the cover is a vibrant red with a fine, woven texture. Three vertical black lines of varying thicknesses are positioned on the right side, creating a sense of depth and shadow.

Jonathan Littell

Las benévolas

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia

JONATHAN LITTELL

Las benévolas

Traducción de
María Teresa Gallego Urrutia

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Les Bienveillantes*
Traducción del francés: María Teresa Gallego Urrutia

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2019

© Jonathan Littell, 2019
© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 3285-2019
ISBN: 978-84-17747-06-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para los muertos

TOCATA

Hermanos hombres, dejadme que os cuente cómo ocurrió. No somos hermanos tuyos, me replicaréis, y nos importa un bledo. Y es muy cierto que se trata de una tenebrosa historia, aunque también edificante, un auténtico cuento moral, os lo aseguro. Existe el riesgo de que resulte un tanto largo, porque, bien pensado, sucedieron muchas cosas, pero a lo mejor no tenéis mucha prisa; con un poco de suerte, no andáis mal de tiempo. Y además no es algo ajeno a vosotros; ya veréis como no es algo ajeno a vosotros. No creáis que estoy intentando convenceros de nada; bien pensado, allá vosotros con vuestras opiniones. Si he resuelto escribir, después de tantos años, es para poner las cosas en su sitio, y no para vosotros. Nos pasamos tiempo y tiempo en este mundo arrastrándonos como orugas, a la espera de la mariposa espléndida y diáfana que llevamos dentro. Y, luego, el tiempo pasa, la ninfosis no llega, seguimos siendo larvas: comprobación desalentadora; ¿cómo manejarla? Por supuesto que siempre queda la opción del suicidio. Pero, a decir verdad, el suicidio no me tienta gran cosa. Es evidente que he pensado mucho en él; y si no me quedase más remedio que recurrir a ello, así es como lo haría: me colocaría una granada pegada al corazón y me iría en una rápida explosión de gozo. Una granada pequeña y redonda a la que quitaría el pasador primorosamente antes de soltar la cuchara, sonriéndole al ruidito metálico del resorte, el último que iba a oír aparte del latido del corazón en los oídos. Y, luego, la dicha por fin, y las paredes de mi despacho adornadas con piltrafas. Que las quiten las mujeres de la limpieza, para eso les pagan, lo siento por ellas. Pero, como he dicho ya, el suicidio no me tienta. No sé a qué se debe, por lo demás; un antiguo resabio de ética filosófica quizá, que me mueve a decir que, bien pensado, no estamos en la tierra para andar jugando. ¿Para qué entonces? No tengo ni idea; para durar, seguramente, para matar el tiempo antes de que

nos mate. Y, en tal caso, como forma de emplear los ratos perdidos, escribir es una ocupación tan buena como otra cualquiera. Y no es que tenga yo muchos ratos que perder, soy hombre ocupado; tengo eso que llaman una familia, un trabajo, responsabilidades; así que todo eso lleva tiempo y no deja mucho para contar recuerdos. Tanto más que lo que se dice tener recuerdos, los tengo, e incluso en cantidad considerable. Soy una auténtica fábrica de recuerdos. Creo que me he pasado la vida manufacturándome recuerdos, aunque ahora más bien me pagan por manufacturar encajes. En realidad, también podría no haber escrito. Bien pensado, no es una obligación. Desde que se acabó la guerra, he sido un hombre discreto; gracias a Dios, nunca he necesitado, como mis ex colegas, escribir mis memorias para justificarme, porque no tengo nada que justificar; ni tampoco tengo intenciones lucrativas, porque me gano la vida bastante bien con lo que hago. Una vez, estaba en Alemania en viaje de negocios, charlando con el director de una casa importante de ropa interior a quien quería venderle encajes. Venía recomendado por amigos de antes; así que, sin preguntarnos nada, los dos sabíamos a qué atenernos. Después de la conversación, que, por lo demás, transcurrió de forma muy positiva, se levantó para sacar un libro de sus estanterías y me lo regaló. Se trataba de las memorias póstumas de Hans Frank, el gobernador general de Polonia; se llamaba *Ante el cadalso*. «Me escribió su viuda –me explicó mi interlocutor–. Ha publicado a costa suya el manuscrito que su marido redactó después del juicio y vende el libro para atender a las necesidades de sus hijos. ¿Se da cuenta? ¿Tener que llegar a eso? La viuda del gobernador general. Le encargué veinte ejemplares, para regalarlos. También les indiqué a todos mis jefes de departamento que comprasen uno. La viuda mandó una carta de agradecimiento enternecedora. ¿Usted lo conoció?». Le aseguré que no, pero que leería el libro con el mayor interés. En realidad sí que coincidí una vez, muy brevemente con él; a lo mejor os lo cuento más adelante, si tengo ánimo o paciencia. Pero ahora, no vendría a cuento hablar de esto. Por lo demás, el libro era malísimo, lioso, quejica, envuelto en una curiosa hipocresía religiosa. Es posible que estas notas mías sean también liosas y malas, pero haré cuanto pueda por ser siempre claro: puedo aseguraros que, por lo menos, no habrá en ellas ni pizca de contrición. No estoy arrepentido de nada; hice el trabajo que tenía que hacer, y ya está; en cuanto a mis asuntos familiares,

que a lo mejor cuento también, sólo me importan a mí y, en lo referido a lo demás, hacia el final, es muy posible que me haya excedido, pero es que estaba ya un tanto fuera de mis casillas, flaqueaba y, encima, a mi alrededor el mundo entero se venía abajo; admitid que no fui el único que perdió la cabeza. Además yo no escribo para mantener a mi viuda y a mis hijos; soy totalmente capaz de atender a sus necesidades. No; si me he decidido por fin a escribir no cabe duda de que es para pasar el rato y también, es posible, para aclarar uno o dos puntos confusos, para vosotros, quizá, y para mí mismo. Creo además que me vendrá bien. Cierto es que soy de humor tirando a cetrino. Debe de ser por el estreñimiento. Problema lamentable y doloroso, y reciente, por lo demás; antes me ocurría más bien lo contrario. Durante mucho tiempo, tuve que pasarme la vida en el retrete, tres y cuatro veces al día; ahora, ir una vez por semana me parecería maravilloso. No me queda más remedio que andarme con irrigaciones, sistema de lo más desagradable, pero eficaz. Disculpádmeme si os hablo de detalles tan escabrosos: uno tiene derecho a quejarse de vez en cuando. Y, además, si os resulta molesto casi mejor que no paséis de aquí. No soy Hans Frank y no me ando con remilgos. Quiero ser muy concreto, dentro de lo que esté en mi mano. Pese a mis fallos, que han sido muchos, no he dejado de ser de esos que opinan que las únicas cosas indispensables para la existencia humana son respirar, comer, beber, defecar y buscar la verdad. El resto es facultativo.

Hace algún tiempo, mi mujer trajo a casa un gato negro, pensando sin duda que me iba a complacer. Por supuesto que no me había pedido opinión. Debía de sospechar que me habría negado en redondo; era más seguro el hecho consumado. Y, con el gato ya instalado en casa, no había vuelta atrás, los nietos llorarían, etcétera. Y eso que el gato era de lo más desagradable. Cuando intentaba acariciarlo, para darle muestras de buena voluntad, se largaba y se sentaba en el alféizar de la ventana, mirándome de hito en hito con los ojos amarillos; si pretendía cogerlo en brazos, me arañaba; en cambio, de noche se me hacía un ovillo encima del pecho, un bulto asfixiante, y, en mis sueños, me parecía que me estaban ahogando bajo un montón de piedras. Con los recuerdos me sucedió algo por el estilo. La primera vez que decidí ponerlos por escrito, pedí un permiso. Seguramente fue una equivocación. Y, sin embargo, el asunto estaba bien encarrilado: había comprado y leído una canti-

dad considerable de libros sobre el tema para refrescarme la memoria; me había hecho cuadros organizativos y elaborado cronologías detalladas; y así con todo. Pero, al estar de permiso, de repente tuve tiempo y me puse a pensar. Además era otoño, una asquerosa lluvia gris estaba dejando pelados los árboles; me hundí poco a poco en la angustia. Me di cuenta de que pensar no es bueno.

Debería haberlo sospechado. Mis colegas me tienen por hombre tranquilo, ponderado, que piensa las cosas. Tranquilo, desde luego; pero, durante el día, muchas veces, la cabeza me retumba con un ruido sordo, como un horno crematorio. Hablo, debato, tomo decisiones, como todo el mundo; pero en la barra del bar, ante mi copa de coñac, me imagino que un hombre entra con una escopeta de caza y abre fuego; en el cine o en el teatro, pienso en una granada con el pasador quitado que va rodando bajo las filas de butacas; en la plaza, un día de fiesta, veo cómo estalla un vehículo atiborrado de explosivos, la algazara de la tarde convertida en carnicería, la sangre que corre entre los adoquines, los grumos de carne pegados a las paredes o entrando de golpe por la ventana para caer en los platos de la cena del domingo; oigo los gritos, los gemidos de las personas con los miembros arrancados, como las patas que le arranca a un insecto un niño curioso; el alelamiento de los supervivientes, un silencio raro, como pegado a los tímpanos, el comienzo de un miedo largo. ¿Tranquilo? Sí, sigo tranquilo pase lo que pase, no dejo que se me note nada, me quedo tranquilo, impassible, como las fachadas de muchas de las ciudades devastadas; como los viejecitos en los bancos de los parques, con sus bastones y sus medallas; como los rostros a flor de agua de los ahogados a quienes nunca se encuentra. Sería totalmente incapaz de salir de esa tranquilidad terrible, aunque lo quisiera. No soy de los que montan un número a la primera de cambio; sé comportarme. Pero también me pesa. Lo peor no tiene por qué ser las imágenes que acabo de describir; hace mucho que me obsesionan fantasías de éstas, desde la infancia seguramente; en cualquier caso, desde mucho antes de que yo también me encontrase en pleno matadero. En ese sentido, la guerra no fue sino una confirmación y me acostumbré a esos nimios guiones, me los tomo como un comentario pertinente a la vanidad de las cosas. No; lo que resultó penoso, agobiante, fue dedicarme sólo a pensar. Consideradlo: ¿en qué pensáis en el transcurso de un día? En muy pocas cosas, de hecho. Sería facilísimo clasificar de forma razonada

vuestros pensamientos habituales: pensamientos prácticos, o automáticos, planificación de gestos y de tiempo (por ejemplo: poner a hervir el agua del café antes de lavarse los dientes, pero meter las tostadas en el tostador después, porque tardan menos en hacerse); preocupaciones del trabajo; incertidumbres financieras; problemas domésticos; ensueños sexuales. Os ahorraré los detalles. Durante la cena, le miras la cara a tu mujer, que va envejeciendo, mucho menos sugestiva que la de tu amante, pero con mucho más estilo en todos los aspectos; qué le vamos a hacer, es la vida; así que habláis de la última crisis ministerial. En realidad, os importa un carajo la última crisis ministerial, pero de algo hay que hablar. Si dejáis de lado ese tipo de pensamientos, estaréis de acuerdo conmigo en que ya no queda mucho que digamos. Por supuesto que hay momentos diferentes. De forma inesperada, entre dos anuncios de detergente, un tango de antes de la guerra, *La Violeta* pongo por caso; y hete aquí que resucitan el chapoteo nocturno del río, los farolillos del merendero, el leve olor a sudor en la piel de una mujer jubilosa; a la entrada de un parque, el rostro sonriente de un niño nos devuelve el de nuestro hijo un segundo antes de que eche a andar; por la calle, un rayo de sol atraviesa las nubes e ilumina las hojas anchas, el tronco blanquecino de un plátano y, de pronto, nos acordamos de nuestra infancia, del patio de recreo del colegio donde jugábamos a la guerra, vociferando de pavor y de dicha. Acabamos de tener un pensamiento humano. Pero ocurre muy de tarde en tarde.

Ahora bien, si interrumpimos el trabajo, las actividades vulgares, el ajeteo diario, para dedicarnos con trascendencia a una empresa, sucede algo muy diferente. Las cosas no tardan en subir a la superficie, en olas densas y negras. Por la noche, los sueños se descoyuntan, se abren, proliferan y, al despertar, dejan en la cabeza una fina capa agria y húmeda, que tarda mucho en disolverse. Que quede claro: no estamos hablando de culpabilidad, ni de remordimientos. Seguro que esas cosas existen también, no pretendo negarlo, pero me parece que las cosas son mucho más complejas. Incluso a un hombre que no haya estado en la guerra, que no haya tenido que matar, le pasarán estas cosas que digo. Vuelven las malevolencias de poca monta, la cobardía, la falsedad, esas mezquindades que no hay hombre que no padezca. No cabe, pues, asombrarse de que los hombres hayan inventado el trabajo, el alcohol, los parloteos estériles. No cabe asombrarse de que tenga tanto éxito la te-

levisión. En pocas palabras, puse fin cuanto antes a mi malhadado permiso. Más valía. Tenía tiempo de sobra para emborronar papel a la hora de comer o a última hora de la tarde, cuando se iban las secretarías.

Una breve pausa para ir a vomitar y sigo. Éste es otro de los alfafes que sufro: de vez en cuando me vuelve a la boca la comida, a veces al acabar, sin motivo, porque sí. Es un problema antiguo, de cuando la guerra; empezó alrededor del otoño de 1941 si he de ser exacto, en Ucrania, creo que en Kiev, o quizá en Jitomir. Seguramente también hablaré de esto. De todas formas, hace tanto que ya me he acostumbrado. Me lavo los dientes, me tomo una copita de algo y sigo con lo que estaba haciendo. Volvamos a mis recuerdos. Me compré varios cuadernos escolares grandes, pero de cuadraditos, y los tengo en un cajón cerrado con llave, en el despacho. Antes garabateaba notas en fichas de cartulina, también de cuadraditos; ahora he decidido repetirlo todo de un tirón. No sé muy bien para qué. Desde luego no para que le resulte edificante a mi descendencia. Si me muriese de repente ahora mismo, de un infarto o de una embolia cerebral, y mis secretarías cogieran la llave y abriesen este cajón, sería un trauma para las pobres, y también para mí mujer: con las fichas de cartulina ya iban servidas. Tendrán que quemarlo todo corriendo para evitar el escándalo. A mí me da lo mismo; estaré muerto. Y, a fin de cuentas, incluso aunque me dirija a vosotros, no es para vosotros para quienes escribo.

Mi despacho es un sitio agradable para escribir, amplio, sobrio, tranquilo. Paredes blancas casi sin adornos, un mueble con puertas de cristal para las muestras y, al fondo, una cristalera grande que da a la sala de máquinas vista desde arriba. Aunque son cristales dobles, el chasquido incesante de los telares Leavers llena la estancia. Cuando quiero pensar, me levanto del escritorio y me coloco ante el cristal; contemplo los telares en fila, a mis pies, y dejo que arrullen los gestos seguros y minuciosos de los tulistas. A veces bajo y paseo entre las máquinas. La sala es oscura, los cristales mugrientos están pintados de azul, porque el encaje es frágil y teme la luz; y esa claridad azulada me descansa la mente. Me gusta andar un tanto perdido entre el chasquido monótono y sincopado que colma el ambiente, ese golpeteo metálico en dos tiempos, tan obsesivo. Los telares me siguen impresionando. Son de hierro colado, están pintados de verde y pesa cada uno diez toneladas. Algunos tienen muchos años

y hace tiempo que ya no se fabrican; las piezas de recambio me las hacen por encargo; después de la guerra, nos pasamos desde luego del vapor a la electricidad, pero las máquinas propiamente dichas no se tocaron. No me arrimo para no ensuciarme; porque, como es lógico, con tantas piezas móviles como tienen, hay que lubricarlas continuamente; pero está claro que el aceite se cargaría el encaje, así que usamos grafito, plombagina machacada con la que el tulista espolvorea las entrañas en movimiento usando como incensario un calcetín. El encaje sale negro y la plombagina cubre las paredes y también el suelo, y las máquinas, y a los hombres que las vigilan. Aunque muy pocas veces las toco, conozco bien estas enormes maquinarias. Los primeros telares de tul inglés, un secreto celosamente guardado, entraron en Francia de contrabando al concluir las guerras napoleónicas, merced a algunos obreros que querían eludir las tasas de aduana; fue Jacquard, que era de Lyon, quien los modificó para hacer encaje añadiendo una serie de tarjetas perforadas que determinan el patrón. Unos rodillos, en la parte de abajo, llevan el hilo a la labor; en el centro del telar, cinco mil bobinas, el *alma*, van todas juntas en un carro; viene luego un *catch-bar* (usamos alguna de las palabras inglesas) que sujeta e impulsa de delante hacia atrás ese carro con un ruidoso restallido hipnótico. Los hilos, que guían lateralmente unos *combs* de cobre sellados con plomo según una coreografía compleja que codifican quinientas o seiscientas tarjetas Jacquard, se van anudando; un *cuello de cisne* va subiendo por el peine; al final, aparece el encaje, como tela de araña, turbador bajo la capa de grafito, y se va enrollando despacio en un tambor fijado en la parte alta del telar Leavers.

En el trabajo de la fábrica se aplica una rigurosa segregación por sexos: los hombres crean los motivos, perforan las tarjetas, montan las cadenas, vigilan los telares y manejan los accesorios; y sus mujeres y sus hijas siguen, incluso en la actualidad, encanillando, quitando el grafito, remendando, despuntando y doblando. Las tradiciones tienen mucho peso. Aquí los tulistas son algo así como una aristocracia proletaria. El aprendizaje es largo y el trabajo delicado; en el siglo pasado, los tulistas de Calais iban a trabajar en calesa y con chistera y llamaban de tú al patrón. Los tiempos han cambiado. La guerra –aunque algunos telares se usaron para Alemania–, hundió la industria. Hubo que partir de cero; ahora, en el norte, no quedan ya sino alrededor de trescientos telares, donde antes de la

guerra funcionaban cuatro mil. Sin embargo, cuando la economía se recuperó, los tulistas se compraron un coche mucho antes que muchos burgueses. Pero mis obreros no me tincan. No creo que mis obreros me quieran. No es que importe; yo no pretendo que me quieran. Y, además, yo tampoco los quiero. Trabajamos juntos, y ya está. Cuando un empleado es concienzudo y trabajador y el encaje que sale de su telar necesita pocos remiendos, le doy una paga extra a fin de año; y al que llega al trabajo tarde o borracho, lo sanciono. Sobre esa base, nos llevamos bien.

Es posible que os preguntéis cómo vine a parar a los encajes, ya que distaba mucho de verme predestinado al comercio. Estudié derecho y economía política, soy doctor en derecho; en Alemania forman parte legalmente de mi apellido las letras *Dr. jur.* Pero es cierto que, después de 1945, las circunstancias más bien me impidieron alegar ese título. Si de verdad queréis saberlo todo, también distaba mucho de verme predestinado al derecho: de joven, lo que más deseaba era estudiar literatura y filosofía. Pero no me dejaron; otro triste episodio de mi *novela familiar*, quizá vuelva sobre ello. Debo, no obstante, admitir que para el encaje el derecho es de más utilidad que la literatura. Así fue, más o menos, como sucedieron las cosas. Cuando por fin acabó todo, conseguí venirme a Francia y hacerme pasar por francés; no era demasiado difícil en vista del caos que imperaba a la sazón; regresé con los deportados; no hacían demasiadas preguntas. La verdad es que hablaba un francés impecable, porque soy de madre francesa. Pasé diez años de mi infancia en Francia, hice el bachillerato elemental y el bachillerato superior en el liceo, y los cursos de ingreso en la universidad, e incluso dos años de estudios superiores en la Escuela Libre de Ciencias Políticas (ELSP) y, como me crié en el sur, hasta tenía mi poquito de acento meridional; de todas formas, nadie se fijaba en nada, era un auténtico follón; al llegar a Orsay, me recibieron con un rancho y también con unos cuantos insultos; debo decir que no intenté hacerme pasar por un deportado sino por un trabajador del Servicio del Trabajo Obligatorio (STO), y eso a los gaullistas no es que les entusiasmara, así que se metieron un poco conmigo, y también con los demás infelices, y luego nos soltaron; para nosotros no hubo Hotel Lutetia, sino la libertad. No me quedé en París porque allí conocía a demasiadas personas, y de esas a las que no había que conocer; me fui a provincias y viví acá y acullá, de chapuzas. Y luego

las cosas se fueron calmando. Dejaron enseguida de fusilar a la gente; pronto, no se molestaron ya ni en meterla en la cárcel. Así que anduve haciendo investigaciones y no tardé en dar con un hombre a quien conocía. Se las había apañado bien; había pasado de una administración a otra sin baches; como hombre previsor que era, había tenido buen cuidado de no alardear de los servicios que nos había prestado. Al principio, no quería recibirme; pero cuando, por fin, cayó en la cuenta de quién era yo, se dio cuenta de que no le quedaba más remedio. No puedo decir que fuera una entrevista agradable: había una clara sensación de apuro y de incomodidad. Pero se percataba perfectamente de que teníamos intereses comunes: yo, encontrar trabajo, y él, conservar el suyo. Tenía un primo por el norte, un ex intermediario que intentaba volver a poner en marcha una empresa pequeña con tres Leavers que había conseguido de una viuda en quiebra. Ese hombre me contrató; mi cometido era viajar y hacer de corredor para venderle los encajes. Aquel trabajo me horrorizaba; al fin conseguí convencerlo de que podría resultarle de más utilidad en el capítulo de la organización. Ciertamente tenía considerable experiencia en aquel ámbito, por más que no pudiera alegarla en mayor medida que mi doctorado. La empresa fue a más, sobre todo a partir de los años cincuenta, cuando yo reanudé la relación con algunos contactos en Alemania federal y conseguí que se nos abriera el mercado alemán. Habría podido entonces regresar sin problemas a Alemania; muchos de mis antiguos colegas vivían allí con toda tranquilidad; algunos habían cumplido alguna pena corta y a otros ni siquiera los habían molestado. Con mis estudios, podría haber recuperado mi apellido, mi doctorado y pedir una pensión de ex combatiente y de invalidez parcial; nadie se habría fijado. Habría encontrado trabajo enseguida. Pero me preguntaba qué interés tenía en ello. El derecho, en el fondo, no me motivaba más que el comercio, y, además, había acabado por cogerle el gusto al encaje, esa preciosísima y armoniosa creación del hombre. Cuando compramos bastantes telares, mi jefe decidió abrir otra fábrica más y me puso al frente de ella. Y ése es el puesto en que estoy desde entonces, a la espera de la jubilación. Entretanto, me casé, con cierta repugnancia, no lo puedo negar, pero aquí, en el norte, no queda más remedio, era una forma de afianzar lo que había conseguido. La escogí de buena familia, relativamente guapa, una mujer como es debido, y la dejé preñada enseguida, por

aquello de que tuviera algo en que entretenerse. Por desgracia, tuvo mellizos, debía de ser cosa de familia, de la mía quiero decir; yo con un solo mocoso habría tenido más que de sobra. Mi jefe me dio un adelanto, me compré una casa confortable, no muy lejos del mar. Y así fue como entré en la burguesía. En cualquier caso, era lo mejor que podía hacer. Después de todo lo que había pasado, necesitaba más que ninguna otra cosa tranquilidad y costumbres regulares. Mi trayectoria vital les había quebrado los huesos a mis sueños de juventud; y mis angustias se habían ido consumiendo de una punta a otra de la Europa alemana. Salí de la guerra como un hombre hueco, sólo con amargura y con una larga vergüenza, como arena que chirría entre los dientes. Así que una vida que respetase todas las convenciones sociales me venía estupendamente: una ganga confortable, incluso aunque la mire a veces con ironía y otras veces con odio. A este ritmo, espero llegar algún día al estado de gracia de Jérôme Nadal y *no tener inclinación por nada que no sea no tener inclinación por nada*. Resulta que me estoy volviendo libresco; es uno de mis defectos. Lo siento por la santidad, pero aún no me he liberado de mis defectos. Con mi mujer cumplo aún de vez en cuando, concienzudamente, con poco placer, pero sin asco excesivo tampoco, para tener en casa la fiesta en paz. Y, de tanto en tanto, cuando me marcho en viaje de negocios, me tomo la molestia de recuperar mis antiguos hábitos, pero ya casi no es más que por higiene. Todas esas cosas han perdido mucho interés para mí. El cuerpo de un chico guapo o una escultura de Miguel Ángel, da igual: ya no me cortan el resuello. Es como después de una enfermedad larga, la comida ya no sabe a nada, así que ¿qué más da comer vaca o pollo? Hay que alimentarse, y ya está. A decir verdad, no queda gran cosa que me interese. La literatura quizá, y ni siquiera estoy seguro de que no sea cuestión de costumbre. Quizá por eso estoy escribiendo estos recuerdos; para activar la sangre, para ver si puedo aún sentir algo, si todavía sé sufrir un poco. Curioso ejercicio.

No obstante, eso del sufrimiento debería serme familiar. Todos los europeos de mi generación pasaron por algo así, pero puedo decir sin falsa modestia que yo estoy más al tanto que la mayoría. Y, además, la gente olvida enseguida. Lo compruebo a diario. Incluso quienes lo presenciaron no usan casi nunca, para referirse a ello, más que pensamientos y frases que son tópicos. No hay más que ver la lamentable prosa de los autores alemanes que hablan de

los combates del Este: un sentimentalismo putrefacto, una lengua muerta repugnante. La prosa de Herr Paul Carrell, por ejemplo, un autor que ha tenido éxito en los últimos años. Resulta que conocí a ese Herr Carrell en Hungría, por la época en que se llamaba todavía Paul Carl Schmidt y escribía, bajo la égida de su ministro Von Ribbentrop, sus opiniones auténticas en una prosa llena de vigor que causaba un efecto espléndido: *La cuestión judía no es cuestión de humanidad, no es cuestión de religión; es sólo cuestión de higiene política*. Ahora, el honorable Herr Carrell-Schmidt ha logrado la considerable hazaña de publicar cuatro tomos insípidos acerca de la guerra en la Unión Soviética sin poner ni una sola vez la palabra *judío*. Lo sé porque los he leído; me costó, pero soy tozudo. Nuestros autores franceses, los Mabire y otras hierbas, no valen más. Con los comunistas pasa lo mismo, sólo que en la otra punta. ¿Dónde han ido a parar aquellos que cantaban: *Niños, afilad los cuchillos en los filos de las aceras*? Están callados o están muertos. Charlamos, hacemos dengues, nos enfangamos en una turba desabrida amasada con las palabras *gloria, honor, heroísmo*; qué cansancio, nadie habla. Es posible que esté siendo injusto, pero me atrevo a esperar que me entendáis. La televisión nos agobia con cifras, cifras impresionantes, con un cero detrás de otro; pero ¿quién de vosotros se detiene a pensar realmente en esas cantidades? ¿Quién de vosotros ha intentado alguna vez ni tan siquiera contar a cuántas personas conoce o ha conocido en la vida y comparar esa cantidad ridícula con las cantidades que oye por la televisión, esos famosos *seis millones* o *veinte millones*? Recurramos a las matemáticas. Las matemáticas son muy útiles, dan perspectivas y refrescan la mente. Son, a veces, un ejercicio muy instructivo. Tened un poco de paciencia y prestadme atención. Sólo tomaré en consideración los dos escenarios en que he podido desempeñar un papel, por mínimo que fuera: la guerra contra la Unión Soviética y el programa de exterminación que, de forma oficial, se llamaba en nuestros documentos: «Solución final de la cuestión judía», *Endlösung der Judenfrage*, por citar tan hermoso eufemismo. En los frentes del Oeste, de todas formas, las bajas fueron relativamente pequeñas. Las cantidades de las que parto son un poco arbitrarias: no me queda más remedio, nadie se pone de acuerdo. En lo referido al conjunto de las bajas soviéticas, me quedo con la cantidad tradicional, que citó Jruschov en 1956:

veinte millones, aunque dejando constancia de que Reitlinger, un famoso autor inglés, sólo computa doce y que Erickson, un autor escocés no menos famoso, por no decir más, llega a una cuenta de veintiséis millones por lo bajo; la cifra soviética oficial está pues, de forma bastante clara, en el término medio, millón más o millón menos. En lo tocante a las bajas alemanas —únicamente en la URSS, se entiende— podemos basarnos en la cantidad, aún más oficial y de germánica exactitud, de 6.172.373 soldados en el Este, entre el 22 de junio de 1941 y el 31 de marzo de 1945, cantidad que se contabiliza en un informe interno del OKH (estado mayor del ejército) hallado después de la guerra, pero que incluye los muertos (más de un millón), los heridos (cuatro millones) y los desaparecidos (es decir, muertos, más prisioneros, más prisioneros muertos, alrededor de 1.288.000). Digamos, pues, para no eternizarnos, dos millones de muertos, pues los heridos no nos interesan aquí, contando de forma muy aproximada los cincuenta mil y pico muertos más que hubo entre el 1 de abril y el 9 de mayo de 1945, sobre todo en Berlín, a lo que hay que sumar además el millón de muertos civiles que se calcula que hubo durante la invasión del este de Alemania y los consiguientes desplazamientos de población; o sea, en total, digamos que tres millones. En cuanto a los judíos, hay donde elegir: la cantidad sancionada, incluso aunque poca gente sepa de dónde sale, es de seis millones (fue Höttl quien dijo en Núremberg que se lo había dicho Eichmann; pero Wisliceny, por su parte, afirmó que Eichmann les dijo cinco millones a sus colegas; y el propio Eichmann, cuando los judíos pudieron al fin preguntárselo en persona, dijo que entre cinco y seis millones, pero que seguramente cinco). El doctor Korherr, que reunía estadísticas para el Reichsführer-SS Heinrich Himmler, llegó a la cifra de algo menos de dos millones a 31 de diciembre de 1942, pero admitía, cuando pude hablarlo con él en 1943, que sus cantidades de partida no eran demasiado fiables. Y, por fin, el muy respetado profesor Hilberg, especialista en el tema y poco sospechoso de puntos de vista parciales, o al menos pro alemanes, llega, al cabo de una minuciosa demostración de diecinueve páginas, a la cantidad de 5.100.000, lo cual corresponde grosso modo a lo que opinaba el difunto Obersturmbannführer Eichmann. Quedémonos, pues, con la cifra del profesor Hilberg, con lo que, recapitulando, tenemos:

Muertos soviéticos.	20 millones
Muertos alemanes	3 millones
Subtotal (guerra del Este)	23 millones
<i>Endlösung</i>	5,1 millones
Total	26,6 millones. No hay que olvidar que 1,5 millones de judíos se contaron también como muertos soviéticos («Ciudadanos soviéticos muertos por el invasor fascista», como indica de forma tan discreta el extraordinario monumento de Kiev).

Ahora, las matemáticas. El conflicto con la URSS duró desde el 22 de junio de 1941 a las tres de la mañana hasta, de forma oficial, el 8 de mayo de 1945 a las 23:01, lo que nos da tres años, diez meses, dieciséis días, veinte horas y un minuto; es decir, redondeando, 46,5 meses, 202,42 semanas, 1.417 días, 34.004 horas o 2.040.241 minutos (contando el minuto de propina). En cuanto al programa llamado de «Solución final», nos quedaremos con las mismas fechas; anteriormente no había aún nada decidido ni sistematizado y las bajas judías fueron fortuitas. Relacionemos ahora estas dos series de cifras: los alemanes tuvieron 64.516 muertos mensuales, es decir, 14.821 muertos semanales, es decir, 2.117 muertos diarios, es decir, 88 muertos cada hora, es decir, 1,47 muertos cada minuto; se trata de la media para todos los minutos de todas las horas de todos los días de todas las semanas de todos los meses de todos los años, durante tres años, diez meses, dieciséis días, veinte horas y un minuto. A los judíos les salen, incluyendo los judíos soviéticos, alrededor de 109.677 muertos mensuales, es decir, 25.195 muertos semanales, es decir, 3.599 muertos diarios, es decir, 150 muertos cada hora, es decir, 2,5 muertos cada minuto, en un período idéntico. Por parte soviética, en fin, tenemos unos 430.108 muertos mensuales, 98.804 muertos semanales, 14.114 muertos diarios, 588 muertos cada hora, o bien, 9,8 muertos cada minuto, en un período idéntico. Es decir, en cuanto al total global en mi campo de actividad, una media de 572.000 muertos mensuales, 121.410 muertos semanales, 18.772 muertos diarios, 782 muertos cada hora y 13,04 muertos cada minuto, todos los minutos de todas las horas de todos los días de todas las semanas de todos los meses de todos y cada

uno de los años del período contemplado; es decir, recordémoslo, tres años, diez meses, dieciséis días, veinte horas y un minuto. Que quienes se hayan burlado de ese minuto de propina, un tanto pedante cierto es, piensen que no deja de ser una media de 13,04 muertos más, y que se imaginen, si pueden, a 13 personas de su entorno muertas en un minuto. Puede también calcularse el intervalo de tiempo entre cada muerto, lo que nos da una media de un muerto alemán cada 40,8 segundos, un muerto judío cada 124 segundos y un muerto bolchevique (contando a los judíos soviéticos) cada 6,12 segundos, y eso para el período ya citado en conjunto. Estáis ahora en condiciones de realizar, basándoos en esas cantidades, ejercicios de imaginación concretos. Coged un reloj, por ejemplo, y empezad a contar: un muerto, dos muertos, tres muertos, etcétera, cada 4,6 segundos (o cada 6,12 segundos, o cada 24 segundos, o cada 40,8 segundos, si tenéis una preferencia determinada), intentando ver, como si los tuvierais ahí delante, en fila, a esos uno, dos, tres muertos. Ya veréis qué ejercicio tan bueno de meditación es. O tomad otra catástrofe más reciente, que os haya afectado mucho, y comparad. Por ejemplo, si sois franceses, pensad en vuestra aventura argelina, que tanto traumatizó a vuestros conciudadanos. Perdisteis en ella a 25.000 hombres en siete años, incluidos los accidentes: el equivalente de algo menos de un día y trece horas de muertos en el frente del Este; o de alrededor de siete días de muertos judíos. Por supuesto que no contabilizo los muertos argelinos: como nunca, como quien dice, los mencionáis ni en vuestros libros ni en vuestros programas, no deben de contar gran cosa para vosotros. Y eso que matasteis a diez por cada uno de vuestros muertos, que es un esfuerzo muy honroso incluso comparado con el nuestro. Aquí me quedo; podríamos seguir mucho rato; os animo a que sigáis solos, hasta que se os abra el suelo bajo los pies. Yo no lo necesito: hace ya mucho que tengo el pensamiento de la muerte *más cerca de mí que mi vena yugular*, como dice esa hermosa frase del Corán. Si en alguna ocasión consiguierais hacerme llorar, mis lágrimas os quemarían el rostro como el vitriolo.

La conclusión de todo esto, si me permitís otra cita, la última, lo prometo, es, como tan bien decía Sófocles: *Lo que debes preferir a todo lo demás es no haber nacido*. Por lo demás, Schopenhauer escribía más o menos lo mismo: *Más valdría que no hubiera nada. Como hay más dolor que placer en la tierra, cualquier satisfacción*

no es sino transitoria, y crea nuevos deseos y nuevas desesperaciones, y la agonía del animal devorado es mayor que el placer del que lo devora. Sí, ya sé, son dos citas, pero se trata de la misma idea: en verdad que vivimos en el peor de los mundos posibles. Por supuesto, ya se ha acabado la guerra. Y, además, hemos aprendido la lección; no volverá a suceder. Pero ¿estáis completamente seguros de que hayamos aprendido la lección? ¿Estáis seguros de que no volverá a suceder? ¿Estáis ni tan siquiera seguros de que se haya acabado la guerra? En cierto modo, la guerra nunca se acaba, o, si no, no se habrá acabado hasta que entierren sano y salvo al último niño nacido el último día de lucha, e incluso entonces proseguirá en sus hijos, y en los hijos de sus hijos, hasta que por fin la herencia se diluya un tanto, los recuerdos se deshilachen y el dolor mengüe, incluso si en ese momento ya nadie se acuerda de nadie desde hace muchísimo, y todo se considera ya historias pasadas, que no valen ni para meterles miedo a los niños, y menos aún a los hijos de los muertos y a quienes habrían deseado estarlo, estar muertos, quiero decir.

Adivino qué estáis pensando: pero qué hombre más malo, os decís, un hombre perverso, un sinvergüenza, vamos, se lo mire por donde se lo mire, que debería estar pudriéndose en la cárcel en vez de soltarnos esa filosofía suya tan confusa de ex fascista a medio arrepentir. En lo del fascismo, no hay que confundir las cosas, y en lo de mi responsabilidad penal, no prejujuéis, que todavía no os he contado mi historia; en cuanto a lo de mi responsabilidad moral, permitidme unas cuantas consideraciones. Con frecuencia han comentado los filósofos políticos que, en tiempos de guerra, el ciudadano, el ciudadano varón al menos, pierde uno de sus derechos más elementales, el de vivir, y eso desde los tiempos de la Revolución Francesa y la invención del reclutamiento, que es ahora un principio universalmente admitido o casi. Pero pocas veces han dejado constancia de que ese ciudadano pierde al mismo tiempo otro derecho, no menos elemental y más vital quizá incluso para él en lo tocante a la idea que se hace de sí mismo en tanto en cuanto hombre civilizado: el derecho a no matar. Nadie nos pide opinión. El hombre que está a pie firme junto a la fosa común no ha pedido, en la mayor parte de los casos, estar en ese sitio, de la misma forma que tampoco lo ha pedido el que se halla tendido, muerto o moribundo, dentro de esa misma fosa. Me diréis que matar a otro militar en

combate no es lo mismo que matar a un civil desarmado; las leyes de la guerra permiten aquello, pero no esto; y otro tanto sucede con la ética al uso. Un buen argumento en términos abstractos, desde luego, pero que no tiene en cuenta en absoluto las condiciones del conflicto en cuestión. La distinción totalmente arbitraria que se crea, acabada la guerra, entre, por una parte «las operaciones militares», equiparables a las de cualquier otro conflicto, y, por otra, «las atrocidades» al frente de las cuales se halla una minoría de sádicos y de trastornados, es, como espero demostrar, una ilusión que consuela a los vencedores, si los vencedores son occidentales, debería especificar, pues los soviéticos, pese a la retórica que se gastan, siempre entendieron de qué iba la cosa: a Stalin, después de mayo de 1945 y tras los primeros espavientos de cara a la galería, le importaba un bledo una ilusoria «justicia»; quería cosas firmes y concretas, esclavos y materiales para volver a levantar y a construir, nada de remordimientos ni de lamentaciones, pues sabía tan bien como nosotros que los muertos no se enteran de los llantos y que los remordimientos nunca le han puesto alubias al potaje. No defendiendo la *Befehlnotstand*, el sometimiento a las órdenes que tanto gusta a nuestros buenos abogados alemanes. Lo que hice, lo hice con pleno conocimiento de causa, convencido de que era mi deber y de que era necesario hacerlo, por desagradable y triste que fuera. También consiste en eso la guerra total: lo civil ya no existe, y entre el niño judío que muere en la cámara de gas o fusilado y el niño alemán a quien matan las bombas incendiarias no hay sino una diferencia de medios: esas dos muertes eran inútiles por igual, ninguna de las dos abrevió la guerra ni un segundo, pero en ambos casos el hombre o los hombres que los mataron creían que era justo y necesario; si se equivocaron ¿a quién hay que condenar? Esto que digo sigue siendo cierto incluso si se hace una distinción artificial entre la guerra y lo que el abogado judío Lempkin bautizó con el nombre de genocidio, e indicó que, al menos en nuestro siglo, nunca ha habido aún un genocidio sin guerra y que, al igual que la guerra, se trata de un fenómeno colectivo: el genocidio moderno es un proceso que las masas hacen padecer a las masas y por las masas. Es también, en el caso que nos ocupa, un proceso segmentado por las exigencias de los procedimientos industriales. De la misma forma que, según Marx, el obrero está alienado en lo referido al producto de su trabajo, en el genocidio o en la guerra total en su forma moderna, el

ejecutante está alienado respecto al producto de su acción. Esto es válido incluso para el caso de un hombre que apoye el fusil en la cabeza de otro hombre y apriete el gatillo. Pues a la víctima la trajeron otros hombres y su muerte la decidieron otros diferentes y también el que dispara sabe que no es sino el último eslabón de una cadena larguísima y que no tiene que hacerse más preguntas que las que se hace el miembro de un pelotón que, en la vida civil, ejecuta a un hombre que las leyes han condenado como es debido. Quien dispara sabe que es el azar el que determina que dispare él, que un compañero acordone y otro más conduzca el camión. Como mucho, podrá intentar cambiarles el sitio al guardián o al conductor. Otro ejemplo, sacado de la abundante literatura histórica más que de mi experiencia personal: el del programa de exterminación de los inválidos y los enfermos mentales, llamado «Eutanasia» o «T-4», que se creó dos años antes que el programa «Solución final». En ese programa, a los enfermos, seleccionados mediante disposiciones legales, los recibían en un edificio unas enfermeras profesionales que registraban la entrada y los desnudaban; unos médicos los examinaban y los llevaban a un cuarto cerrado; un operario abría el gas; otros, limpiaban; un policía extendía el certificado de defunción. Cuando, después de la guerra, interrogaron a esas personas, todas dijeron: «¿Culpable yo?». La enfermera no mató a nadie, se limitó a desnudar y a tranquilizar a unos enfermos, gestos habituales en su profesión. El médico tampoco mató a nadie; sencillamente confirmó un diagnóstico, ateniéndose a criterios fijados por otras instancias. El peón que abre la llave del gas, esa persona que es, pues, la que se halla más próxima en el tiempo y en el espacio al asesinato, realiza una operación técnica bajo el control de sus superiores y de los médicos. Los obreros que vacían el cuarto realizan una indispensable tarea de saneamiento, y muy repugnante además. El policía sigue el procedimiento reglamentario, que es dejar constancia de un fallecimiento y de que ha sucedido sin vulnerar las leyes vigentes. ¿Quién es culpable, pues? ¿Todos o nadie? ¿Por qué iba a ser más culpable el operario encargado del gas que el operario encargado de las calderas, el jardín o los vehículos? Igual sucede con todas las facetas de esa gigantesca empresa. ¿Es culpable, por ejemplo, el guardagujas del ferrocarril de la muerte de los judíos a quienes encarriló hacia un campo? Ese obrero es un funcionario, lleva veinte años haciendo el mismo trabajo. Desvía los tre-

nes ateniéndose a una disposición, no tiene por qué saber qué hay dentro de esos trenes. No tiene culpa de que transporten a los judíos, mediante el cambio de agujas que él hace, de un punto A a un punto B, en donde los matan. Y, sin embargo, ese guardagujas desempeña un papel crucial en el trabajo de exterminio: sin él, el tren de judíos no puede llegar al punto B. Otro tanto sucede con el funcionario a cuyo cargo está requisar pisos para los damnificados por los bombardeos, con el impresor que prepara los avisos de deportación, con el proveedor que vende hormigón o alambre de espino a las SS, con el suboficial de intendencia que provee de gasolina a un Teilkommando de la SP y con Dios, allá en los cielos, que permite todo lo dicho. Por supuesto que pueden establecerse grados de responsabilidad penal relativamente exactos que permiten condenar a unos y dejar a todos los demás que se las arreglen con sus conciencias, en el supuesto de que las tengan; es tanto más fácil cuanto que se redactan las leyes después de ocurridos los hechos, como en Núremberg. Pero incluso ahí se hicieron las cosas un tanto manga por hombro. ¿Por qué ahorcaron a Streicher, ese paleta impotente, y no al macabro Von dem Bach-Zelewski? ¿Por qué ahorcaron a mi superior, Rudolf Brandt, y no al de él, Wolff? ¿Por qué ahorcaron al ministro Frick y no a su subordinado Stuckart, que le hacía todo el trabajo? Un hombre feliz, ese Stuckart, que nunca se manchó las manos más que de tinta, nunca de sangre. Que quede claro, una vez más: no intento decir que yo no sea culpable de tal o cual hecho. Soy culpable, y vosotros no, estupendo. Pero, pese a todo, deberíais ser capaces de decirnos que lo que yo hice vosotros lo habríais hecho también. A lo mejor con menos celo, aunque quizá también con menos desesperación, pero, en cualquier caso, de una forma o de otra. Creo que puedo afirmar como hecho que ha dejado establecido la historia moderna que todo el mundo, o casi, en un conjunto de circunstancias determinado, hace lo que le dicen; y habréis de perdonarme, pero hay pocas probabilidades de que vosotros fuerais la excepción, como tampoco lo fui yo. Si habéis nacido en un país y en una época en que no sólo nadie viene a mataros a la mujer y a los hijos sino que, además, nadie viene a pedirnos que matéis a la mujer y a los hijos de otros, dadle gracias a Dios e id en paz. Pero no descartéis nunca el pensamiento de que a lo mejor tuvisteis más suerte que yo, pero que no sois mejores. Pues si tenéis la arrogancia de creer que lo sois, ahí empieza el peligro. Nos gusta eso de oponer

el Estado, totalitario o no, al hombre vulgar, chinche o junco. Pero nos olvidamos entonces de que el Estado se compone de hombres, más o menos vulgares todos ellos, cada cual con su vida, su historia, la serie de casualidades que hicieron que un día se encontrara del lado bueno del fusil o de la hoja de papel, mientras que otros se encontraban del lado malo. Muy pocas veces ha escogido uno ese itinerario, ni siquiera hay una predisposición a seguirlo. A las víctimas, en la inmensa mayoría de los casos, nunca las torturaron o las mataron porque eran buenas, y sus verdugos no las torturaron porque fuesen malos. Pensar eso sería un tanto ingenuo, y basta con tratar con cualquier burocracia, incluso la de la Cruz Roja, para convencerse de ello. Por lo demás, Stalin hizo una demostración elocuente de esto que estoy diciendo, al convertir a cada generación de verdugos en víctimas de la generación siguiente, sin que por ello careciera nunca de verdugos. Ahora bien, la maquinaria del Estado está hecha de la misma aglomeración de arena deleznable que aquello que muele, grano a grano. Existe porque todo el mundo está de acuerdo en que exista, y lo están incluso, con gran frecuencia, y hasta el último minuto, sus víctimas. Sin los Höss, los Eichmann, los Goglidze, los Vychinski, pero también sin los guardagujas, los fabricantes de hormigón y los contables de los ministerios, un Stalin o un Hitler no son sino un odre henchido de odio y de terrores estériles. Ahora es ya un tópico decir que la inmensa mayoría de las personas que organizaron los procesos de exterminio no eran sádicos o seres anormales. Sádicos y trastornados los hubo, por supuesto, como en todas las guerras, y cometieron atrocidades indecibles, es la verdad. Es también verdad que las SS habrían podido intensificar los esfuerzos para controlar a esa gente, aunque hicieron más de lo que suele creerse; y no está claro que pudieran, que se lo pregunten a los generales franceses, que estaban bien fastidiados en Argelia con aquellos oficiales suyos, alcohólicos, violadores y asesinos. Pero no es ése el problema. Trastornados los hay en todas partes y en todas las épocas. Nuestros tranquilos barrios periféricos rebosan de pedófilos y de psicópatas; nuestros albergues nocturnos, de megalómanos rabiosos; algunos se convierten en un problema, efectivamente; matan a dos, a tres, a diez, incluso a cincuenta personas, y, a continuación, ese mismo Estado que los utilizaría, sin un parpadeo, en una guerra, los aplasta como a mosquitos atiborrados de sangre. Esos hombres enfermos no tienen importancia. Pero los hombres

corrientes que forman el Estado –sobre todo en tiempos de inestabilidad–, éstos son el auténtico peligro. El auténtico peligro para el hombre soy yo, y sois vosotros. Y si no estáis convencidos, para qué seguir leyendo. No entenderéis nada y os irritaréis sin provecho ni para vosotros ni para mí.

Como la mayor parte de la gente, no pedí convertirme en asesino. Si hubiera estado en mi mano, ya lo he dicho, me habría dedicado a la literatura. A escribir, si hubiera tenido talento para ello, y, si no, a la enseñanza quizá; en cualquier caso, a vivir entre cosas hermosas y serenas, las mejores creaciones de la voluntad humana. ¿Quién elige el asesinato por voluntad propia, a menos que esté loco? Y, además, me habría gustado tocar el piano. Un día, en un concierto, una señora de cierta edad se inclinó hacia mí: «¿Es usted pianista, ¿no?». — «Por desgracia, no, señora», tuve que contestarle con gran sentimiento por mi parte. Incluso ahora, cuando ni toco el piano ni lo tocaré nunca, es algo que me indigna, a veces más incluso que las cosas espantosas, que el río negro de mi pasado que me lleva a través de los años. La verdad es que no me lo puedo ni creer. Cuando aún era pequeño, mi madre me compró un piano. Creo que fue cuando cumplí nueve años. O cuando cumplí ocho. En cualquier caso antes de que nos fuéramos a vivir a Francia con el Moreau aquel. Hacía meses y meses que se lo pedía por favor. Soñaba con ser pianista, un gran concertista; bajo mis dedos, catedrales, livianas como pompas de jabón. Pero no teníamos dinero; mi padre se había ido desde hacía algún tiempo; sus cuentas estaban inmovilizadas (de eso me enteré mucho más adelante) y mi madre se las tenía que apañar. Pero para eso encontré el dinero; no sé cómo; ahorró, o pidió prestado, quizá llegó incluso a prostituirse, no lo sé y no tiene importancia. Seguramente se le ocurrió ambicionar cosas para mí, quería cultivar mis talentos. Así que el día de mi cumpleaños nos trajeron el piano, un piano recto estupendo. Incluso de segunda mano debía de haber costado caro. Yo estaba maravillado al principio. Empecé a dar clases, pero, como no progresaba, me aburrí enseguida y lo fui dejando. Lo que yo me había imaginado no era andar haciendo escalas; era como todos los niños. Mi madre no se atrevió nunca a reprocharme mi ligereza y mi pereza; pero me doy cuenta a la perfección de que debió de reconcomerle todo aquel despilfarrero de dinero. Ahí se quedó el piano, cogiendo polvo; a mi herma-

na le interesaba tan poco como a mí; me olvidé de él y apenas si me enteré cuando mi madre acabó por venderlo, perdiendo dinero seguramente. Nunca quise de verdad a mi madre, e incluso la aborrecí; pero ese incidente me apena por ella. Y también tuvo cierta culpa. Si hubiera insistido, si hubiera sabido ser severa cuando era menester, yo habría podido aprender a tocar el piano y habría sido una gran alegría para mí, un refugio seguro. Tocar sólo para mí, en casa; me habría sentido colmado. Desde luego que oigo música con frecuencia, y me encanta, pero no es lo mismo, es algo que la sustituye. Igual que sucede con mis amores masculinos: la verdad, y no me avergüenza decirlo, es que seguramente habría preferido ser mujer. No forzosamente una mujer viva y activa en este mundo, una esposa, una madre; no, sino una mujer desnuda, echada boca arriba, con las piernas abiertas, aplastada bajo el peso de un hombre, aferrada a él, penetrada por él, ahogada en él, convirtiéndome en ese mar ilimitado donde él también se ahoga, placer sin fin y también sin principio. Pero no fue así. En vez de eso, me vi de jurista, de funcionario de la seguridad, de oficial SS y, luego, de director de una fábrica de encajes. Es triste, pero es así.

Lo que acabo de escribir es cierto, pero también es cierto que amé a una mujer. Sólo a una, pero más que a nada en el mundo. Y resulta que ésa era precisamente la que tenía prohibida. Podemos pensar, con mucha probabilidad de no equivocarnos, que al soñar en ser mujer, al soñarme un cuerpo de mujer, la seguía buscando a ella, quería acercarme a ella, quería ser como ella, quería ser ella. Es totalmente plausible, aunque eso no cambie nada. A los individuos con los que me acosté no los quise nunca, ni a uno solo, los utilicé, utilicé sus cuerpos, y ya está. Pero el amor de ella le habría bastado a mi vida. No os burléis de mí: ese amor es sin duda lo único bueno que he hecho. Pensaréis que todo eso puede parecer un tanto extraño en un oficial de la *Schutzstaffel*. Pero ¿por qué un SS-Obersturmbannführer no iba a tener vida interior, deseos, pasiones, como cualquier otro hombre? Hubo cientos de miles de nosotros a quienes aún miráis como a criminales: entre ellos, como entre todos los seres humanos, hubo hombres vulgares, sí, pero también hombres poco corrientes, artistas, hombres del mundo de la cultura, neuróticos, homosexuales, hombres enamorados de su madre. ¿Qué sé yo qué más? ¿Y por qué no? Ninguno

era más característico que cualquier otro hombre en cualquier profesión. Hay hombres de negocios a quienes les gustan el vino bueno y los puros, hombres de negocios a quienes les obsesiona el dinero, y también hombres de negocios que se meten un consolador en el culo para ir a la oficina y ocultan, bajo los ternos, tatuajes obscenos: son cosas que nos parecen normales; ¿por qué no iba a suceder lo mismo en las SS o en la Wehrmacht? Nuestros médicos militares se encontraban con mucha mayor frecuencia de lo que se supone con ropa interior femenina cuando cortaban los uniformes a los heridos. Afirmar que yo no era un prototipo no quiere decir nada. Vivía, tenía un pasado, un pasado cargado y gravoso, pero son cosas que suceden, y lo llevaba a mi manera. Luego llegó la guerra; yo tenía jefes y me encontré en el núcleo de cosas horribles, de atrocidades. No había cambiado, seguía siendo el mismo hombre, no había resuelto mis problemas, aunque la guerra me creó problemas nuevos, aunque esos espantos me transformaron. Hay hombres para quienes la guerra, o incluso el asesinato, son una solución, pero yo no soy de éstos; para mí, como para la mayoría de las personas, la guerra y el asesinato son una pregunta, una pregunta sin respuesta, porque cuando alguien grita en la oscuridad, nadie contesta. Y una cosa trae la otra: empecé sirviendo; luego, por la presión de los acontecimientos, acabé por salirme de ese marco; pero todo esto va unido, unido de forma estrecha e íntima: es imposible decir que, si no hubiera habido guerra, yo habría llegado de todas formas a extremos así. A lo mejor había sucedido; pero a lo mejor no; a lo mejor había dado con otra solución. No se puede saber. Eckhart escribió: *Un ángel en el Infierno vuela en su propia nubecita de Paraíso*. Siempre entendí que lo contrario también debía de ser cierto, que un demonio en el Paraíso volaría dentro de su propia nubecita de Infierno. Pero no creo ser un demonio. Para lo que hice, siempre hubo razones, buenas o malas, no lo sé; en cualquier caso, razones humanas. Los que matan son hombres, como también lo son los muertos; eso es lo terrible. Nunca podemos decir: no mataré nunca, es imposible; como mucho, podemos decir: espero no matar. Yo también lo esperaba; yo también quería vivir una vida buena y provechosa; ser un hombre entre los hombres, igual a los demás; yo también quería poner mi piedra en la obra común. Pero no se cumplió esa esperanza, y utilizaron mi sinceridad para realizar

una obra que resultó ser mala y malsana, y *crucé las sombrías orillas*, y toda esa maldad se me metió en la vida y no existe reparación posible, y nunca la habré. Tampoco las palabras sirven para nada, desaparecen como el agua en la arena, y esa arena me llena la boca. Vivo, hago lo que es factible, eso es lo que hace todo el mundo, soy un hombre como los demás, soy un hombre como vosotros. ¡Venga, si os digo que soy como vosotros!